

# PAPIRO

Día 12

Escrito en Clave

*Deir el-Bahari – Egipto.*

—Este es un día difícil —se quejaba Amy. El tenue viento del mediodía no lograba secar el sudor de su rostro. Se quitó el pañuelo rojo con flores blancas que combinaba con su falda y buscó una sombra que la protegiera del sol. El calor la abrumaba y sentía los labios resecaos. Esta era su primera experiencia de campo y aún no lograba acostumbrarse a las incomodidades. Rebelde por naturaleza, siempre buscaba alternativas para mejorar lo que creía que estaba mal, sin importar que esto la metiera en problemas. Pensaba que era mucho trabajo y muy poco lo que habían avanzado en los siete días de exploración.

Una voz interrumpió sus pensamientos al escuchar que la llamaban:

—¡Amy, Amy, un telegrama!

Amy volteó y vio a un muchacho sudoroso y agitado que corría hacia ella.

—Es urgente. Es de tu papá —le dijo mientras se lo entregaba.

Amy, impaciente, abrió el sobre; temía por la salud de su padre. Leyó el telegrama: **«xqsnqtyocvntyqdkiw m g-aekmuyirs gqrñkosfgtlcblalcto»**.

Estaba escrito en clave. Su padre y ella habían adquirido este hábito que iniciaron como un juego escolar, y ahora les daba confidencialidad en su correspondencia.

Tomó papel y lápiz y se dispuso a descifrarlo. Minutos después leyó el texto original: **«Lo que está en la Piedra 3.147890497 código 7 no encontrado»**, y lo rompió.

Suspiró aliviada. Su padre se sentía bien y, además, había encontrado lo que estaba oculto.

—¡Gracias, papá! —exclamó con júbilo. Su voz se escuchó en los alrededores, provocando que sus compañeros cercanos voltearan a verla.

—Todo bien —aclaró, y continuó sonriendo—. Esta es una buena noticia para ambos —murmuró, pensando en su padre, mientras veía que Daryl se acercaba y, con gesto de preocupación, le preguntaba:

—¿Estás bien?

—Sí —respondió, disimulando su alegría. Después de esconder el sobre, fingidamente le dijo—. ¿Me invitas a comer?

Él asintió, la tomó de la mano y comenzaron a caminar. Amy se dejó guiar y abrazó a Daryl cariñosamente, pensando que era un buen compañero y nada más. Le agradaba que se preocupara por ella y la cuidara, pero tendría que mantener distancia y no dejarse atrapar por el amor. Eso iría en contra de sus planes y la desviaría de su objetivo.

Daryl también la abrazó y, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Alguna noticia de tu padre? ¿Ha descubierto algo?

Amy, mientras lo miraba a los ojos y le sonreía aparentando inocencia, respondió:

—No, aún no hay nada.

Daryl dudó de la respuesta, pero no lo externó.

—Amy es demasiado inocente como para mentirme —musitó para sí.

Por la tarde, Amy se dirigió a la oficina de Burn, quien la recibió extrañado y le preguntó:

—¿Tenemos cita?

—Tengo lo que está en la Piedra —le contestó ella sin rodeos.

—¡Ah! Muy bien. Te envía Daryl, ¿verdad?

—Él no sabe que estoy aquí —le aclaró Amy.

Burn la miró directamente a los ojos y afirmó:

—El trato lo hice con él.

Ella se preocupó al ver que la eludía y aclaró:

—Daryl no conoce lo que está en la Piedra.

—¡El trato fue con él! —exclamó Burn.

Amy amenazó con retirarse, giró el torso y recalcó:

—Soy la única que puede darte lo que está en la Piedra.

Burn reaccionó, se levantó y la cogió del brazo.

—Espera, hablemos —le dijo.

—Quiero a cambio todos los fragmentos —exigió ella mientras le retiraba la mano.

Él esbozó una fingida sonrisa; se sentó y, aparentando indiferencia, empezó a dar vueltas en el sillón.

—Solo tengo algunos —afirmó.

—Mi trato es por todo el papiro o nada —puntualizó Amy.

Él se detuvo y, más calmado, preguntó:

—Pero... ¿y qué ofreces a cambio?

—Te daré lo que está en la Piedra y el código para abrir la bóveda.

Burn no pudo controlar su emoción y, abriendo al máximo sus pequeños ojos rasgados, preguntó:

—¿Ya lo tienes?

—Lo obtendré... en lo que tú consigues el resto de los fragmentos.

Él se tocó la barbilla; su mirada mostraba desconfianza. Parecía sospechar de Amy y la puso a prueba diciendo:

—Muéstrame al menos lo de la Piedra —exigió.

Amy se llevó la mano al bolso y lo abrió, pero de inmediato lo cerró.

—Tienes que confiar en mí —aseveró, y se dio media vuelta.

—No tienes opción —añadió mientras salía del privado. Un gesto de triunfo se dibujaba en su rostro.

Esta vez Burn se quedó pasmado. No alcanzó a reaccionar y solo atinó a decir:

—Espera...

Pero ella ya se había ido.

Amy regresó al campamento y fue en busca de Daryl, quien supervisaba una de las excavaciones cercanas al escondrijo de Deir el-Bahari. Se aproximó a él y le dijo:

—Necesito hablar contigo.

Daryl volteó al escuchar su voz, sorprendido.

—Amy, ahora no. Estoy ocupado.

Ella ignoró la respuesta y recalcó:

—Hablé con Burn.

Daryl soltó los papeles que sostenía en la mano y, de un salto, se acercó a ella. Su ceño fruncido lo delataba.

—¿Por qué hiciste eso?

—Le propuse un intercambio.

—¿De qué hablas? —preguntó sobresaltado.

—Tengo lo que está en la Piedra.

Daryl se tambaleó. Tuvo que sujetarse de uno de los postes que sostenían la lona. La respuesta lo había desarmado por completo. Tras unos segundos de silencio, le lanzó el reclamo:

—Entonces, me mentiste.

Amy pareció no escucharlo y repuso:

—Te ofrezco un trato.

—¿Qué? —preguntó él, molesto.

—Únete a mí —escuchó Daryl, quien estaba furioso, y exclamó:

—¡Habla claro!

—Sé que trabajas para Malenty —lo encaró Amy. Y sin darle tiempo a reaccionar, intentó convencerlo:

—Si nos unimos, podremos vencerlo —afirmó. Y, mostrando su estudiada sonrisa, agregó— : Espero tu respuesta.

Y se dio media vuelta.

Daryl se sintió ofendido, herido en su amor propio. No contestó y solo la vio alejarse; jugueteaba con los pies, esquivando los obstáculos que le bloqueaban el paso. Seguía pareciendo frágil, pero él acababa de descubrir que no lo era.

Poco después, Amy entró a su habitación y repasó lo sucedido. Sabía que, si Malenty conseguía el papiro, lo escondería, y su padre no obtendría el antídoto. Estaba tomando dos grandes riesgos, pero no tenía alternativa. Hasta ahora, todo había salido según lo previsto. Este era el momento de dar el siguiente paso. Ya había mostrado un as. Ahora tendría que conseguir otro, antes de que Burn y Daryl se le adelantaran con el intercambio.

Abrió el buró y sacó un lápiz. Revisó nuevamente las notas que su padre le envió. Quería asegurarse de no perder ninguno de los cálculos con los que había obtenido el número 3.147890497. Igual que él, llegó a la cantidad 0.01260333.

«**Algo falta**», pensó. El lado del cuadrado que Ahmes usó medía ocho de longitud; esa era la pista a seguir. Revisó nuevamente el texto:

«Las 7 hijas de la diosa Hathor recibirán el círculo de Ahmes».

—Siete hijas, siete llaves... y cada llave, un dígito del código —murmuró convencida.

—¿Pero por qué el siete? —se preguntaba, dándose suaves golpecitos en la sien con el lápiz.

Agobiada, guardó el lápiz. Antes de meterse en las sábanas, suspiró profundamente.

En esta ocasión no deseaba acortar la noche; no le urgía que amaneciera.

Lo que quería era la respuesta. Pero, si se equivocaba, no solo perdería el papiro... también afectaría a su padre.

Y solo restaban pocas horas para que el sol despuntara.

---

Fernando Perales

